

El camino y los momentos

EUGENIO MONTES EN FOZ

Por Ramón Fernández Mato

¡UES si señor. Eugenio Montes, cuya celebridad es redonda y prismática, o sea clara, terminante y con innumerables facetas y aristas, viene a Foz para ser mantenedor en los Juegos Florales con que la risueña y vigorosa villa ha querido dar a sus fiestas de estío vuelo y calidad, brillo y rango, grandeza y novedad.

No es bisoño ni mucho menos en este gentil menester porque su figura fina ha remolcado hasta el trono numerosas reinas que acaso no sabían que aquel caballero afable, exquisito y suave, era uno de los más eminentes y perfectos intelectuales de España.

Historiar, o, por lo menos, enumerar las parecidas ocasiones solemnes y los lugares importantes que sirvieron a Eugenio Montes para desprender de su talento y de su saber el risueño regalo de unos trenzados primores sería crasa tarea que abrumaría al lector anulándole a estas líneas fervientes su natural levedad de saludo, su aire placero de pregón.

No obstante y para que se vea que a este insigne valor de la cultura que la Real Academia de la Lengua incorporó hace tiempo al astral enjambre de los inmortales, como al ruiñeñer no le importa, para hilar su trino, la altura del árbol en que canta, sino el hechizo de la noche excitando el divino hervor del gorjeo, podemos recordar no lejanas jornadas de este maestro, los Juegos Florales Hispanoamericanos de La Coruña en 1952 o, más recientemente, su oración magnífica en los de Cádiz, en los Juegos Florales de la ciudad donde vistió tempranamente la toga del catedrático y donde se apejó, con ansia cinégetica, al rastro augusto de Roma.

Pues, sí; ahora Eugenio Montes viene a Foz porque personalmente se lo hemos pedido invocando una larga, segura e inmaculada amistad, amistad generosa, sin eclipses ni cisuras, inmune al tiempo, a las vicisitudes, a la separación, al alejamiento, ese afecto firme y natural que hizo decir a Karr que "los amigos son una familia cuyos miembros se eligen a voluntad", en fin, la caliente y cristalina amistad que en La Habana humedeció los ojos de Montes al dedicarnos, en mi trasplantado y suspirante hogar, sus preciosas "Elegías de Europa" en estos términos de emocionante transparencia: "A Ramón, después de tantas cosas, con lluvia de recuerdos, y un fraternal abrazo de Eugenio".



“;Después de tantas cosas!”

Tantas cosas, sí; pero impotentes para tachar o diluir los puros vínculos de una estimación honda que, mientras uno envejece, va añejándose hasta adquirir la refinada calidad del néctar, curtiéndose sin perder flexibilidad, haciendo su camino de joya a reliquia.

Enraizada y diáfana amistad que brotó, hace más de cincuenta años, al ir nosotros a Orense, en misión poética con Sofía Casanova y con Victoriano García Martí --“Fiesta del Madrigal”-- y que había de espesar y entrafarse en aquella redacción insólita del “Pueblo Gallego” de Vigo que contribuimos a fundar y que se había estructurado adrede exclusivamente con valores de extrema juventud: Francisco Luis Bernárdez, el gran poeta que, “con veintidós años”, nominamos ¡redactor jefe!; Felipe Fernández Armesto, el hoy famoso “Augusto Assia” que lle-

gaba de los sotos orensanos de San Martín de la Mezquita apenas emplumeciéndole el talento; Rafael Dieste que se fué a enseñar en la Universidad de Cambridge después de ocupar la dirección del Teatro Español de Madrid; Luis Amado Carballo al que la temprana muerte hace cruzar, como una estrella fugaz, por el más alto cielo de la poesía gallega; Evaristo Correa Calderón que de mozo en la Tolosa francesa, --cuna egregia de los juegos florales-- y en Bucarest, rosa latina en la Europa Oriental, despliega su ancho saber; Carlos Maside cuyo lápiz fué la espita de oro que daba genial salida a la ternura zahareña con que aquella bandada de muchachos incomparables amaba a su tierra... Y Eugenio Montes que tiene “la fama, que pocas veces miente”, según Cervantes precisó.

¡Y nosotros, Señor, ocupando la misma absurda capitanía que

podiera desempeñar una tortuga sobre una atraillada selección de agudos galgos!

Pues bien; de aquel lote de ansiosas inteligencias amanecientes y aproadas a la fama Eugenio Montes fué el que subió más alto y ahora viene a Foz para desmentir, fascinadoramente, con su palabra grávida de sabiduría y lujosa de gracias, la inconcebible equivocación de Pío Baroja al establecer que “el saber envejece”.

No; ¡por Dios! No.

Estamos bien seguros de que cuantos escuchemos, en éxtasis, a Eugenio Montes en este encantado Foz al que llega con abnegado contento, recordaremos el exacto trastrueque que de la estrofa imperecedera de Rubén Darío --“Juventud, divino tesoro...”-- hizo el genio, a la vez volátil y hondo, de Eugenio d'Ors:

“Madurez, divino tesoro”

La madurez de Montes es multimillonaria; pero, además, es derrochadora.

Y Foz va a tener ahora la suerte de comprobar que Eugenio Montes acaudaló, atesoró cultura con el voluptuosó designio de esparcirla, de sembrarla. Es el gentil desinterés de un gran poeta y de un gran señor.

UNA RECIENTE NOTA CRÍTICA SOBRE EUGENIO MONTES

MONTES DOMINGUEZ, Eugenio.—Uno de los mejores pensadores y prosistas orensanos y españoles. Nació en Bande en mil ochocientos noventa y siete. Actualmente dirige el Instituto de España en Roma. Orador, periodista, catedrático, poeta, ensayista, novelista y viajero incansable. Académico de la Española, fué Premio Nacional de Periodismo. Sus obras más importantes son: “El viajero y su sombra”, “Melodía italiana”, “Elegías europeas”, “La obra de la unidad”, “Federico de Sicilia y Alfonso X de Castilla” (1943). También cultivó el verso con el libro de poemas Versos de tres cas o neto y el cuento, siendo autor de O vello toma o sol, O amiño da devesa y “Como en la parábola de Peter Breughel”. Realizó una importante aportación al género ensayístico gallego con su libro “Ensayo de muñeira”. En mil novecientos cuarenta y cinco se editaron sus obras completas, en las que se incluyeron sus estudios filosóficos “Tratado de Metafísica”, “El platonismo en la Literatura Universal” y “Estoicismo y Cristianismo”.

De “LA ESTAFETA LITERARIA”, editada por el Ateneo de Madrid.

Agosto de 1965.